

SANTA EULALIA DE BARCELONA, VIRGEN Y MÁRTIR

DÍA 12 DE FEBRERO

Por P. Juan Croisset, S.J.

Por los años del Señor de 289 nació en Barcelona la gloriosa virgen y mártir de Jesucristo Santa Eulalia. Aunque se ignoran los nombres de los felices padres que dieron á España y á toda la Iglesia un tan precioso fruto, se sabe, por la vida que escribió Renallo, que eran cristianos, nobles y piadosos; lo cual insinúan también con bastante claridad las actas que traen los Padres Bolandos (Bollandists – Acta Sanctorum). Crióse la Santa con la delicadeza y cuidado que correspondía á la caridad y nobleza de que la había dotado el Cielo; pero al mismo tiempo no se descuidaban sus padres de formar su corazón, sugiriendo de continuo, entre las ternuras y regalos del amor, los documentos y máximas que enseña el Evangelio. Como desde la cuna la había elegido el Señor para Sí, y para que diese uno de los más brillantes testimonios de la verdad de su religión que se habían de ver en el mundo, adornó su espíritu de cualidades ventajosas para tan alto ministerio. Era de un ingenio claro, de un alma dócil, de una penetración vivísima, y sobre todo de un genio decididamente declarado por las obras de piedad, y entre éstas por las que requerían mayor fortaleza, mayor grandeza de ánimo y mayores muestras de un verdadero heroísmo.

Con la edad creció también el amor á la virtud, y con ésta los ejemplos con que edificaba á los propios y á los extraños. Sus padres , que veían en ella tantos motivos de estimarla, la amaban tiernamente como á hija, como á

niña, como á única, y, lo que es más, como á digna de todas las muestras del sólido amor. Advertían en la joven Eulalia unos modos de pensar que les hacía desconfiar mucho de la pacífica y duradera posesión de su amable compañía. Al tiempo que leía y hablaba de las obras maravillosas del Redentor, notaban en sus palabras un ardor, y tal encendimiento en su rostro, que daban bien á conocer la encendida caridad que abrigaba en su delicado pecho. Hablaba con frecuencia del martirio, y en sus razones manifestaba que no se dirigían á otra cosa sus deseos. Como los tiempos eran borrascosos, y se habían publicado diferentes edictos de los emperadores para perseguir á los cristianos, temieron sus padres una ocasión tan peligrosa de perder á su amada hija, que amaban como á las niñas de sus ojos. Temían la crueldad de los pesquisidores y de los tiranos, y temían mucho más la sólida piedad que inflamaba el corazón de la tierna doncella, y la resolución incontrastable con que apetecía dar la vida por su Amado.

El amor siempre es ingenioso, y mucho más el amor paternal. Sabe juntar á un mismo tiempo la complacencia y gusto del objeto amado con la seguridad de los propios temores. Para sosegar éstos, pensaron los padres de Eulalia apartarla de la ciudad, quitando a sus ojos los incentivos de su corazón. Tenían una casa de campo, con todas las conveniencias que saben proporcionar la riqueza y el gusto, pocas millas distante, á la cual llevaron á la santa doncella para que el ruido de la persecución no llegase á sus oídos, y juntamente se deleitase con la soledad y la contemplación que sabían le eran muy gratas.

En efecto, los padres lograron sus designios, á lo menos en una parte. Luego que la Santa se vio en el campo, meditó nuevos modos de agradar y servir á su Esposo Jesucristo, á quien ya de antemano había

consagrado su alma, sus pensamientos, su virginidad y todas sus obras. Juntó luego algunas amigas y compañeras de su edad y de su genio, y con ellas pasaba las horas más dulces y deliciosas. Hacíaslas sencillos razonamientos sobre la amabilidad de la virtud; excitábalas a la honestidad, a la pureza, al recogimiento, y sobre todo á un amor encendidísimo á aquel Señor que por amor del hombre bajó del Cielo y sufrió los más atroces tormentos que pueden padecerse en la Tierra.

Un bien regido monasterio no podía observar más ejercicios de piedad que los que se practicaban diariamente por aquella santa y virginal compañía. A un mismo tiempo lograba la industriosa Eulalia divertir á sus amigas, y divertir las con provecho; de manera que sus padres vivían ya tranquilos sobre los primeros temores que en la ciudad los sobresaltaron; pero su sosiego duró muy poco, porque, por aquel tiempo, el impío Daciano llegó á Barcelona, comisionado como presidente por los emperadores para ejecutar á su satisfacción la persecución en aquella parte de España. Apenas llegó á la ciudad, sacrificó con toda pompa y solemnidad á los dioses, y mandó que buscasen á los cristianos para que, en presencia suya, ofreciesen incienso á las mudas obras de las manos de los hombres. Nadie se exceptuó en el decreto: ni el noble, ni el plebeyo, ni el cristiano, ni el gentil: todos fueron convocados á sacrificar, sin distinción de religiones ni de sexos, imponiendo al que no lo hiciese la pena de perder la vida por medio de los más atroces suplicios y de los tormentos más intolerables.

Turbóse Barcelona toda; la confusión y el terror se esparcieron por todas partes; y la voz del pregonero, que intimaba el decreto y convocaba al sacrificio, hacía estremecer aun á los mismos gentiles. No pudieron los padres de Eulalia impedir que penetrasen hasta sus oídos las voces impías con que el nombre de Cristo era

blasfemado y execrado por los tiranos; mucho menos que dejasen de hacer una cruelísima impresión en su alma los temores y dudas que oprimían á muchos débiles cristianos al considerar la crueldad de Daciano y la atrocidad de sus tormentos. Al punto que los oyó la santa joven, propuso en su alma dar á su Esposo un testimonio de su fidelidad y de su amor con su propia sangre, y confortar con su ejemplo á aquellos tibios cristianos, que no correspondían fielmente á la vencedora gracia que en tales peligros suministra misericordiosamente el Dios Eterno. Esta determinación llenó su alma de una alegría tan vehemente, que no podía disimularse en sus acciones ni en sus palabras. «Gracias te doy, Señor mío Jesucristo, decía la Santa, y engrandecido y glorificado sea tu nombre, pues veo ya lo que deseaba; y de tal manera creo en Ti, que no dudo has de completar con tu gracia la obra que medito para satisfacción de mis deseos.»

Quedábanse absortos sus padres y cuantos la veían, no sabiendo á qué atribuir una tan desusada alegría, ni acertando á pensar qué cosa podía ser la que Eulalia hubiese visto tan digna de apetecer, y tan admirable, que no la juzgase digna de manifestarla á todos con la franqueza que habían siempre experimentado. Inspirada del Cielo, cuando todos estaban dormidos, á la mitad de la noche sale Eulalia de la casa paterna, sola, sin testigos y sin custodia, pero llena de una caridad fragantísima y de una fortaleza superior á cuantos peligros podían presentársela. Ni las tinieblas de la noche, ni lo fragoso del camino, ni la considerable distancia, ni, lo que es más, el amor de sus padres, pudieron templar el caritativo ardor que la abrasaba, y así, sin fatigarse ni resentirse sus pies delicados de lo penoso del camino, llegó la santa virgen á Barcelona.

Era puntualmente la hora en que se practicaba el juicio, y en que se compelia á sacrificar á los cristianos; y

así, al entrar la Santa en la ciudad, oyó la voz del pregonero que exhortaba al pueblo á que concurriese á la plaza á oír de boca de Daciano los decretos de los emperadores. Fuese á la plaza misma, y viendo al presidente sentado en el tribunal, llena de un valor inimitable atropello la inmensidad del pueblo que estaba mezclado con los curiales, y, haciéndose lugar por en medio de todos, llegó finalmente á ponerse delante del mismo tribunal, y en alta voz clamó de esta manera: «¡Oh tú, juez de la iniquidad!, ¿cómo te atreves á sentarte en ese trono sin temer al Dios verdadero, que es, sobre todos los príncipes del mundo, Rey de reyes y Señor de los señores? ¿Cómo osas perseguir á los cristianos, que en sus obras manifiestan ser hechos á imagen y semejanza del mismo Dios, obligándolos á adorar las obras de Satanás á costa de suplicios y tormentos?»

Unas palabras tan osadas, y dichas con aquel vigor y vehemencia que inspira la caridad, que nada teme, llenaron á Daciano de turbación y de asombro. Miróla estremecido y le dijo: «¿Quién eres tú, que con tan desusada audacia y temeridad, no solamente has tenido presunción para llegarte al tribunal sin ser llamada, sino que además llegas á tal término de soberbia y de furor, que te atreves á hablar contra los emperadores en presencia del mismo juez?» No se turbó Eulalia por esto; antes, con la mayor constancia de ánimo y con voz más esforzada, le respondió: Yo soy Eulalia, sierva de Jesucristo, que es el Rey de reyes y Señor de todos los señores; y por tanto, confiando en El, nada ha podido causarme temor para dejar de venir con prisa y con placer á reprender tus excesos; á reprenderte la necedad impía con que, despreciando al verdadero Dios, de quien son todas las cosas, el cielo, la tierra, el mar y cuanto hay en ellos, adoras al diablo; y, no contento con esto, te obstinas en perseguir á los hombres que para conseguir la felicidad eterna sirven al verdadero Dios, y los obligas,

por medio de exquisitos tormentos, á que ofrezcan sacrificio á unos dioses que no son dioses; á unos dioses que no son otra cosa más que el diablo y sus ministros, con los cuales todos vosotros, que los adoráis, seréis consumidos por el fuego eterno, ardiendo para siempre en los abismos.

Al oír Daciano una respuesta semejante, concibió grande furor, y mandó inmediatamente á sus ministros que desnudasen á la virgen las espaldas y la diesen crueles azotes. Hízose lo que mandaba el presidente, el cual, viendo azotar á la santa doncella, intentó hacerla mudar de resolución, diciéndole: ¡Oh joven miserable! Dime: ¿en dónde está ése tu Dios? ¿Qué hace que no te libra de este tormento? ¿Qué locura te mueve á persistir en un dictamen tan errado y que tan caro te cuesta? Vuelve en ti, noble doncella, y advierte la compasión que encuentras en el juez, á quien lastima ver la locura que te mueve á perder tan ignominiosamente tu distinguido nacimiento, tus riquezas, y la flor de tu edad y de tu hermosura. Di que no sabes lo que te has hecho, y que las blasfemias que contra nuestros dioses y nuestros emperadores has proferido no han sido efecto del rencor ó de la malicia, sino de la ignorancia. Y, si te avergüenzas de retractarte en público, adorando delante de todos á nuestros dioses, yo, porque no pierdas la vida, me convendré en que lo hagas ocultamente donde tú quieras, y de la manera que eligieres, porque me da lástima que una persona tan noble como tú y de tanto mérito haya de padecer tan crueles penas.

La invicta mártir, oyendo las razones del presidente, llena de resolución le respondió: Dime, discípulo de la falsedad y del engaño, ¿cómo te atreves á persuadir á una discípula de la verdad á que mienta, y á que asegure que no sabe cuánta es tu potestad? ¿Quién ignora que el poder de cualquier hombre es limitado y perecedero,

como el mismo hombre, que hoy existe y mañana es despojo de la muerte? El poder verdadero es el de mi Señor Jesucristo, poder interminable é infinito, como lo es el mismo Dios. **Por tanto, yo no puedo decir la falsedad que me aconsejas, porque temo al Señor, que tiene mandado ardan para siempre en los infiernos los mentirosos y sacrilegos.** Ni pienses, ioh ciego Daciano!, que es ignominia el ser azotada por Jesucristo; antes bien, nunca me parece á mí que he estado tan ennoblecida y exaltada como en la hora presente. Sabe, en fin, que tus tormentos no me espantan, ni siento las aflicciones que puedas disponer contra mi cuerpo, porque estoy segura de que me protegerá con su gracia celestial mi Señor Jesucristo, el mismo que en el día del Juicio castigará tus obras con penas interminables.

Viendo el presidente que todas sus palabras y trazas eran inútiles, mandó á los ministros que trajesen el ecúleo, y que, colgándola en él, la escarnificasen con unos instrumentos de hierros llamados *úngulas*. Ejecutóse así, y la Santa, con rostro alegre y risueño, padecía el tormento, diciendo en voz clara é inteligible: «Señor mío Jesucristo, oye los suspiros de esta sierva tuya, y perdóname mis yerros; y confórtame para poder con tu gracia sufrir los tormentos que me están preparados, á fin de que se confundan con mi paciencia el diablo y sus ministros.—¿En dónde está ése á quien clamas, ioh joven simple y engañada?—dijo entonces Daciano.—Óyeme á mí, no seas necia; óyeme, infeliz; sacrifica á los dioses para conservar la vida; mira que la muerte te amenaza; mira que la tienes ya muy cerca y que no hay quien pueda librarle de ella.

No permita Dios, respondió la santa virgen, que logres el que yo me aparte de la fe de mi Señor: mi Dios, á quien clamo, ioh sacrilego, percedero y endemoniado!, mi Dios está aquí conmigo; pero tú no

mereces verle por causa de tu impureza y de los locos errores con que tienes el alma encenagada. El me da ánimo y me conforta para despreciar cuantos tormentos me decrete tu furor y tu rabia.— Sin embargo de las osadas respuestas que daba Santa Eulalia, podían tanto en el ánimo del presidente su hermosura, su edad tierna, que no excedía de catorce años, su gracia en el hablar, y su sabiduría, que, movido de compasión, intentaba por todos los medios apartarla de la resolución de morir. Y así, antes de dar la última sentencia, dice la *Vida*, que se conserva en un manuscrito antiquísimo de la santa catedral de Barcelona, que encargó á los verdugos procurasen con halagos, con ruegos y con amenazas seducir á Eulalia para que sacrificase á los dioses.

Ejecutáronlo con más arte y elocuencia de lo que prometían sus crueles almas y sus carniceros ejercicios. Propusieronla las delicias de que se privaba; los crueles tormentos que la restaban que padecer hasta acabar la vida; la compasión y lástima que causaba á todos ver padecer á una doncella tan noble, tan jovencita y tan llena de atractivos y nobleza. La Santa había echado los fundamentos de su resolución sobre una piedra muy firme, y así, todos los esfuerzos de los ministros del Infierno no pudieron lograr otra cosa que la confirmación nueva de cuanto tenía dicho y respondido antes á Daciano. Enfurecióse éste, bramó de rabia viendo todos sus artificios y crueldad vencidos y aun despreciados por una niña tierna y delicada; y viendo que se aventuraba más en la dilación de su muerte, mandó que así, pendiente como estaba, la aplicasen hachas encendidas hasta que abrasada muriese. Ejecutóse la sentencia empapando los verdugos las hachas en aceite, para que fuese más activa la llama.

Estaba la santa virgen colgada en el ecúleo en forma de cruz, y, cuanto más avivaban los verdugos los

tormentos, entonces su corazón estaba más gozoso dando gracias al Señor, que se dignaba permitir que padeciese su esposa en la misma forma que El había redimido al género humano. Consolábase en medio de las llamas cantando en alta voz: Dios me ayuda, y el Señor es quien conforta mi alma. Yo, Señor, te haré sacrificio voluntariamente, confesaré tu Nombre, porque es bueno: porque me sacaste de toda tribulación. Al acabar la Santa de pronunciar estas palabras comenzaron las llamas á volverse contra los verdugos, como en ademán de vengar la crueldad y el desacato que estaban cometiendo. La tierna virgen, que lo advirtió, con voz más clara y más perceptible, fijos sus ojos en el Cielo, comenzó la siguiente oración:

Señor mío Jesucristo, oíd mi súplica, completad vuestra misericordia sobre esta sierva vuestra, y haced ya que yo sea recibida entre vuestros elegidos para descansar por siempre en la vida eterna; haciendo conmigo en esto una piedad señalada, la cual sea causa de que los creyentes se confirmen más en tu fe, y de que, al ver lo que conmigo ejecutas, alaben tu sumo poder. Acabada esta oración, se apagaron repentinamente las hachas, á pesar del aceite con que estaban preparadas. Los ministros, llenos de terror, y abrasados milagrosamente, cayeron de bruces consternados; la Santa exhaló su purísima alma, la cual se vio salir de su boca en forma de paloma, y volar al Cielo. Este portento maravilloso fue visto por todo el inmenso pueblo que presenció su glorioso martirio, y los gentiles no pudieron menos de admirar un caso tan raro, al tiempo que los cristianos vecinos de Barcelona se daban mutuos parabienes y enhorabuenas, porque veían que ya tenían en el Cielo una conciudadana suya, que les sería para siempre su abogada, su protectora y su patrona.

Con la muerte de Santa Eulalia parece que debía

haberse acabado el furor y cólera de Daciano, mas no fue así; sino que viendo que, después de una tan larga batalla de penas había sido vencido por la delicadeza de una tierna doncella, bramando de cólera mandó, al bajar del tribunal, que de ninguna manera se quitase de la cruz el cuerpo de Eulalia, sino que le dejaran allí y le custodiasen hasta que le comiesen las aves y pereciesen los huesos. Pero el Cielo no pudo consentir la indecencia con que quedaba aquel virginal cuerpo, expuesto á las deshonestas miradas; y así, cubrió con un milagro la desnudez vergonzosa que había ordenado la impiedad. Al punto cayó tanta nieve, que cubrió el sagrado cuerpo como si fuera con un candidísimo velo.

Bien presto se divulgó un caso tan ruidoso por todas las cercanías de la ciudad, de donde venían los fieles en tropas á ver las maravillas del Señor, y el virginal cadáver de la esposa de Cristo, que aun estaba pendiente de la cruz. Entre ellos vinieron también los venturosos padres de Santa Eulalia, y aquellas vírgenes compañeras á quienes la Santa instruía.

Tres días estuvo el santo cuerpo pendiente de la cruz, sin que faltasen de allí un punto los guardias; pero la piedad de los fieles fue más solícita para custodiar aquel tesoro, pues á la noche tercera pudieron ciertos varones religiosos y píos bajar el santo cuerpo de la cruz, y llevárselo sin que los soldados sintiesen el robo. Envolviéronle en unos blanquísimos lienzos, y le ungieron con olorosos aromas, y de este modo le colocaron en un sepulcro. Su entierro fue honrado del Cielo con un notable milagro. Hallábase presente San Félix, á quien la Santa había instruido en la fe, y el cual, dicen las actas, había sido *uniforme* con Santa Eulalia en la confesión de la misma fe. Este Santo, como resentido de no haber todavía dado su sangre por Cristo, exclamó: ¡Oh, Señora! Tú mereciste ser la primera que lograste en nuestra

región la palma del martirio. Al acabar de pronunciar estas palabras se sonrió la Santa; y los que estaban presentes comenzaron á cantar á Dios alabanzas, diciendo: *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y los libró de todas sus tribulaciones.* A las voces de los que cantaban concurrieron muchos del pueblo, y con grande alegría enterraron al sagrado y virginal cuerpo, dando bendiciones y alabanzas á Dios Padre, á su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo, cuyo reino durará por los siglos de los siglos.

Luego que se acabó la persecución de los cristianos, comenzó á celebrarse el martirio de Santa Eulalia; y Barcelona la dedicó un templo en el mismo lugar en que había estado su sepulcro. Con la irrupción de los moros pereció de tal manera la memoria del sitio en donde descansaban sus reliquias, que por los años 870 no se sabía del sitio nada; hasta que, á costa de ayunos, oraciones continuas y limosnas, quiso el Señor conceder el beneficio de su invención á la constante piedad del Obispo Frodoino y del afligido y devoto pueblo. Trasládóse á la catedral el santo cuerpo, y desde entonces, que fue por los años del Señor de 877, además del título de *Santa Cruz* que tenía la catedral, recibió el de *Santa Eulalia*, por ser depositaria de su sagrado cuerpo. Después, con motivo de la grande obra de la catedral, se fabricó un magnífico y suntuoso sepulcro, adonde se trasladaron las reliquias de la santa mártir, el viernes 7 de Julio del año del Señor de 1339, concurriendo á la traslación reyes, príncipes, princesas, Obispos, Prelados y tanta multitud de pueblo, que hizo ésta una de las más solemnes y magníficas traslaciones que se han hecho en el mundo.

La Misa es en honra de la Santa, y la oración la que sigue:

iOh Dios, que nos alegráis con la solemnidad del martirio de tu bienaventurada virgen y mártir Eulalia! Concédenos piadoso que por sus gloriosos méritos é intercesión usemos bien de las cosas terrenas, y lleguemos á gozar de las celestiales que deseamos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 51 del libro de la Sabiduría, y la misma que el dia 9.

REFLEXIONES

Contemplando en toda su extensión la verdad de aquel oráculo divino que nos asegura que la vida del hombre en este valle de lágrimas es una guerra continua, cuando se toca con la experiencia que estamos cercados de enemigos visibles é invisibles, que por todas partes nos ponen asechanzas, viendo, finalmente, la debilidad de nuestras fuerzas para combatirlos y los débiles recursos que podemos esperar de nuestra naturaleza corrompida, es preciso llenarse de confusión, y casi llegar á desconfiar de que nos sea posible la victoria y, de consiguiente, la felicidad y la ventura.

Pero si, por otra parte, se fija la consideración en la gran misericordia de Dios; si se considera la omnipotencia de la gracia victoriosa que nos ganó Jesucristo con el tesoro infinito de su sangre; si se miran sus prodigiosos efectos y admirables triunfos en aquellos adalides del Cristianismo que, para nuestro consuelo é instrucción, nos propone nuestra Madre la Iglesia, es preciso confesar que se ensancha el corazón y que vuelve á cobrar vida la más amortiguada esperanza. Considérense las expresiones que pone la Iglesia en boca de esta santa mártir; considérense su inocente vida y su glorioso martirio; ¿quién será tan infiel y tan cobarde que no se atreva á decir con el Apóstol: *Todo lo puedo*

con la gracia de Aquel que me conforta?

Si se nos pusiesen delante de los ojos la predicación y expediciones de un apóstol; las altas visiones y los misterios de los profetas, ó los escritos sabios y copiosos de los Santos Padres, tendríamos menos motivo de reprender en secreto la debilidad de nuestros corazones. Pero ver una flaca mujer, una tierna doncella que da generosamente su vida por Jesucristo, una doncella que pisa con planta heroica cuanto tiene el mundo de precioso y recomendable por abrazarse con Jesucristo, á quien se había entregado desde la infancia; ver una delicada joven que, cercada por todas partes de cuantas baterías puede inventar la astucia más diabólica, triunfa de todo, lo vence todo, es superior á todo; ciertamente que es un objeto digno de todas nuestras admiraciones, y mucho más de que lo meditemos con reflexión, para sacar de sus obras los frutos y consecuencias que necesita nuestra vida estragada y nuestro espíritu flaco y sin fuerzas. Las vidas de los santos son unas reglas por donde nosotros debemos medir nuestras obras; son un espejo en el cual nos hemos de mirar atentamente, para descubrir las manchas que afean nuestra conducta; y son, finalmente, unos fiscales mudos que con su actividad acusan nuestra negligencia, con su fortaleza confunden nuestra cobardía, y con su caridad y perfección nos condenan por siervos inútiles, por indignos del nombre de cristianos.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el día 9.

MEDITACIÓN

Sobre la fortaleza de los mártires y sobre nuestra flaqueza y cobardía.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la atrocidad de los tormentos y la porfía con que el mundo ha perseguido á los mártires de Jesucristo han sido tan grandes, que han compendiado cuanto puede sugerir la crueldad más inhumana y desapiadada y el odio más enconado y furioso. En todos los tiempos ha manifestado la experiencia la verdad de estas proposiciones; pero, en los primeros siglos de la Iglesia, se veían confirmadas con muchos ejemplos cada día. Entonces eran necesarios un valor y esfuerzo extraordinarios, no solamente para cumplir las obligaciones severas del cristiano, sino para tener este augusto nombre, que entre los paganos era un verdadero delito. Entre ellos, el perseguir á los discípulos del Crucificado, el destruirlos, el anonadarlos, era un acto de religión por el cual clamaba á voz en grito todo el imperio. La sangre más pura, la más noble, la más digna de amor y respeto no se libraba de ser derramada sin piedad, tanto en los palacios suntuosos y á la vista de los emperadores, como en el seno de la miseria y en los lugares más ocultos. El esposo delataba á su misma esposa, y aun la llevaba arrastrando delante de los tribunales y de los inicuos jueces. El padre no perdonaba á su hijo, y, el mirar en él las señales sagradas de cristiano, era un justificado motivo para llevarle al cadalso y ejercer en él, si era necesario, el oficio de verdugo. Por todas partes se veía la persecución; por todas partes se derramaba la sangre de los cristianos; se regaba la tierra con ella, con ella se formaban arroyos que inundaban al Universo. Los calabozos, las cadenas, los tormentos, los braseros encendidos, los azotes emplomados, las uñas de hierro, el cuchillo y la espada instan para la elección, y no hay más asilo que las aras sacrílegas, no hay más jueces que los tiranos mismos, ni otra justificación que una abominable apostasía.

Con todo eso, asombra el número prodigioso de

ancianos, de jóvenes, de doncellas que, llenos de una fortaleza superior á todo lo natural, no solamente vencen todos estos tormentos cuando son aprehendidos, sino que, movidos del Espíritu Santo, se atreven á presentarse á los jueces y desafiar sus crueldades y sus tormentos. ¿Sería posible que una naturaleza frágil, debilitada, enferma, suministrase fuerza y valor para acciones tan heroicas? ¿Sería creíble que la humana sabiduría, la persuasión ó las preocupaciones de la infancia fortaleciesen el corazón para unas acciones tan inauditas? No; la naturaleza y la ciencia humana prescriben la propia conservación. Se hace forzoso concluir, que solamente la gracia de Jesucristo pudo ser quien diese fortaleza á los mártires para despreciar una vida percedera y derramar alegremente su sangre, haciendo de ella sacrificio á la fe de Jesucristo. Solamente la convicción interior que tenían de las verdades reveladas; el saber por la fe que hay una vida inmortal; que, el que ama su vida como debe, no teme perderla para lograrla después eternamente gloriosa; que tiene asegurada la verdad misma por esencia; que, el que aborrece santamente su vida en este mundo, la ama y conserva para la vida eterna, pudo darles valor para ver despedazar sus cuerpos, para ver correr arroyos de sangre de sus venas, para mirar con rostro tranquilo todos los instrumentos de la crueldad, y para bendecir á Dios con cánticos de alabanza, celebrando, como dones suyos muy singulares, aquellos mismos tormentos que eran tenidos de los ciegos paganos por miserias y por las mayores infelicidades de esta vida.

Pero, para portarse con tanta fortaleza y valor, iqué juicio no debían tener formado tan ventajoso de la religión cristiana! i Qué instrucción no debían tener de las sublimes verdades que ella nos enseña ! i Qué firmeza en sus esperanzas, qué certeza en su fe y qué ardor tan activo el de su caridad! ¿Nos podremos contemplar

nosotros adornados de estas hermosas cualidades? ¿Podríamos formar un juicio prudente de que, constituidos en las mismas circunstancias, obraríamos de la misma manera? ¿Tendríamos igual valor, igual fortaleza para confesar el Nombre de Cristo y dar la vida por sostener su fe? No hay duda que es el mismo Dios que á los mártires les dio misericordiosamente la gracia de una fortaleza superior á todas las astucias del mundo y á todos los tormentos que pudo imaginar la crueldad; pero nuestra conciencia nos asegura que son muy diversas las disposiciones que este mismo Dios hallaría en nuestras almas para derramar sobre nosotros las gracias de su misericordia.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que, aunque en los tiempos presentes no hay tiranos que persigan á los que profesan la fe de Jesucristo, no por eso le faltan al cristiano perseguidores, ni necesita menos constancia y fortaleza para triunfar de sus esfuerzos. El mundo, que pretende fijar en nuestros corazones las máximas perniciosas de su doctrina, es un tirano que nos persigue. Lo es también el demonio cuando, con imperceptibles sugerencias, intenta que le doblemos la rodilla y ofrezcamos incienso en los inmundos altares donde se adoran sus obras. La carne, finalmente, está continuamente promulgando una ley contraria á la del espíritu, y tiene declarada guerra y persecución contra los que desprecian sus decretos. ¿Y será menos necesaria la fortaleza para vencer estos terribles enemigos, que lo fue en los mártires para vencer los tormentos? Si se mira solamente el aparato exterior, espantoso, cruel y sangriento, parece que, á menos costa, podemos contar con un triunfo seguro; pero, si se atiende á las continuas victorias que logran de nosotros nuestros enemigos, se hace necesario concluir que ó son ellos más poderosos y temibles, ó nosotros demasíadamente cobardes y flacos.

Lo cierto es que no tenemos valor para resistir á la inclinación poderosa de nuestras pasiones, ni osamos rechazar el ímpetu con que nos asaltan. Ellas nos inclinan á la ambición, á la avaricia, al ocio, á la deshonestidad, al robo, á todo género de vicios. El mundo, siempre falaz y lisonjero, nos convida en cada una de estas cosas con un torrente de conveniencias y de gustos. Por otra parte, la razón, Dios y su ley santa nos imponen el desprecio de los deleites, la abnegación de sí mismo, la santa humildad, la mortificación cristiana, el amor á los enemigos y todas las virtudes; que todas, sin exceptuar ninguna, se nos intiman en el Evangelio. Y ¿qué es lo que nosotros hacemos en semejantes circunstancias, henchido el pecho de aquella soberana fortaleza que sabe contrarrestar todo el poder de nuestros enemigos? ¿Clamamos al Dios de las misericordias, diciendo con el Profeta: *Señor, amparadme, que me violentan mis contrarios?* ¿Cooperamos á la virtud del Espíritu Santo, que siempre está pronta á derramarse en nuestros corazones, con tal que nosotros le pidamos con procederse y confianza de hijos? Nada de esto hacemos por lo regular; antes bien, llenos de temor y cobardía, nos dejamos dominar de nuestros enemigos. Miramos sus placeres, sus honras, sus riquezas con un microscopio que nos hace temibles sus fuerzas, y casi imposible, por nuestra parte, la victoria. Creemos, por otro lado, que los altos montes de virtud adonde subieron los justos son para nosotros inaccesibles. ¡Oh cristiano, vuelve en ti; mira que todo eso es error, todo es ilusión, todo es efecto del miedo y cobardía con que peleas! Ármate de fortaleza, y no dudes del vencimiento.

Cuantos placeres imaginas en los mundanos, otros tantos son fantásticos y fingidos; y, por el contrario, todo cuanto piensas que es horror y lágrimas en la virtud, todo es tranquilidad, sosiego y delicias. Desnúdate de la preocupación con que el mundo y la costumbre te tienen

engañado. Aclara tus ideas y conoce bien qué es aquello á que, con razón y justicia, debes dar el nombre de deleite. Convéncete que esto no se halla entre el tumulto de mil deseos no saciados, sino en aquella alma afortunada que ama lo que debe y vive con reposo entre los movimientos tempestuosos del mundo. Éntrate por un momento en el corazón del cortesano, del poderoso, del monarca mismo; ningún tesoro encontrarás allí, ninguna multitud de criados, ningunos poderosos ejércitos, sino cuidados, temores, celos, sospechas, deseos, impaciencias, rivalidades, inquietud perpetua, verdadera desventura. Éntrate ahora en el de aquel monje ó frailecito retirado, desconocido enteramente del mundo, y cuyos deseos no salen del rincón de su celdilla pobre sino para dirigirlos al Cielo, que espera poseer lleno de una sencilla confianza en la misericordia de Dios y en sus obras. ¡Qué sosiego reina en su corazón, qué apacibilidad en su semblante, qué dulzura en sus palabras, qué hartura encuentra en el ayuno, qué satisfacción en la penitencia, qué alegría interior en las lágrimas que derrama! En vista de esto, ¿no es cobardía culpable no atreverse á despreciar los bienes con que el mundo hace la guerra, puesto que son males verdaderos, y tener miedo para seguir los caminos de la virtud, en donde únicamente se encuentra felicidad verdadera, y aquella dulce paz de todos deseada?

JACULATORIAS

Mi Dios es toda mi ayuda, y en El colocaré toda mi esperanza.— *Ps. 17.*

Invocaré á mi Señor con cánticos de alabanza, y conseguiré de mis enemigos una entera victoria.—*Ibid.*

PROPÓSITOS

1. Es constante que los primeros cristianos nos llenan de admiración con sus gloriosos vencimientos, que eran consecuencia forzosa de la fortaleza divina con que estaban guarnecidas sus almas. Es igualmente cierto que esta fortaleza era una virtud, un don del Cielo, que ellos procuraban de la misericordia de nuestro Dios, por medio de su vida santa é inculpable. De esto se sigue que, imitándolos en los medios, precisamente hemos de conseguir los mismos fines. Cuando la virtud exigiese de nosotros el sacrificio de la vida, las mismas consideraciones que hicieron que los mártires la pospusiesen á la muerte gloriosa deberían causar en nosotros una generosidad santa para ofrecerla á los pies de Jesucristo. La vida no es amable sino en cuanto puede proporcionarnos una buena muerte, que es principio de otra vida mucho mejor y más duradera. Por ésta se hacen, con razón, todos los sacrificios, y aun la vida temporal ha sido justamente uno de ellos, como se ve en todos los mártires.

2. Mi Dios y mi Redentor: Vos mismo habéis confirmado esta doctrina con vuestra santísima vida, llena de trabajos y persecuciones, y con una muerte la más ignominiosa y sangrienta. Aunque me cueste el mayor dolor hacer violencia á mis pasiones, yo propongo firmemente abrazar vuestra ley santa, y cumplir exactamente vuestros preceptos. Yo confío que me daréis aquella fortaleza que disteis á vuestros esforzados mártires para poner por obra mis deseos; y, ayudado de vuestra divina gracia, ni temeré las asechanzas de mis enemigos, ni habrá pena, tormentos ni penalidades en este mundo que no sufra con gusto para mantenerme constante en estos saludables propósitos.